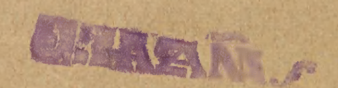
El ultimo dia

EL ÚLTIMO DIA.



GALERIA DRAMATICA SEVILLANA

IX

EL ÚLTIMO DIA,

CUADRO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ

Y

D. LUIS MONTOTO.

Estrenado con un éxito axtraordinario en el Teatro de Cervantes, de Sevilla, para su inauguracion, en la noche del 18 de Octubre de 1873, y representado en la del 23 de Abril de 1874, aniversario de la muerte del Príncipe de los ingénios españoles, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, para rendir un débil tributo á su memoria.

SEVILLA.

Imprenta del CIRCULO LIBERAL, Rosario 21.

1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA RODRIGUZ.	SRA. MORENO.
MIGUEL DE CERVANTES.. .	SR. DELGADO.
D. FRANCISCO DE QUEVEDO	» TAMAYO (V.)
JUAN RANA.	» LIRON.
D. LUIS AVENDAÑO.	» PORTES (R.)
UN FARSANTE.	» DIAZ,

FARSANTES.

La accion pasa en Madrid, dia 23 de Abril de 1616.

ACTO ÙNICO

Sala pobremente decorada: dos puertas laterales, una á la derecha y otra á la izquierda.—Puerta de entrada al foro, que estará abierta, dejando ver en último término una escalera practicable que se supone conduce á los demás pisos de la casa.—Al lado izquierdo uu sillon de baqueta y una mesa con libros y papeles en confusion y una escribanía: algunos muebles de la época.—Es media tarde.

ESCENA PRIMERA.

RANA, *que, sentado á la mesa, lee «El Quijote»:* DOÑA RODRIGUEZ, *al otro estremo, tambien sentada, reza el rosario.*

RANA. (*Suspendiendo la lectura del libro.*)
Digo que el bueno del cura
no le iba en zaga al barbero.
¡Donoso libro, á fé mia,
es el tal! ¡Con cuanto ingénio

y cómica sal escribe
ese venerable viejo!
(*Escuchando un momento hácia la izquierda.*)
Duerme.. ¡Quién sabe si es ese
el último de sus sueños!
«De como...» já... já... «de como...» (*Lee.*)
Já... já... já...

D.ª Rod. ¡Válame el cielo!
¡Seor Juan Rana!

Rana. ¡Seor demonio!
Perdonad...

D.ª Rod. (*Con aspereza.*) Digo que es bueno
que riais á carcajadas
á dos pasos del enfermo.
Las gracias, seor gracioso,
no son para este momento.
¡Mejor rezárais contrito
un *pater noster* y un credo!

Rana. ¿Rezáislos vos, Quintañona?

D.ª Rod. (*Levantándose y viniendo al proscenio.*)
¿Volveis á los motes?

Rana. Vuelvo,
que á importunarme volveis
y mi paciencia habeis vuelto.

D.ª Rod. Desde que en hora menguada
en casa entrásteis, no tengo
punto de reposo: siempre
burlas... ¿Os habeis propuesto
cuidar del viejo soldado
ó devanarme los sesos?

Rana. ¡Dios me libre!

D.ª Rod. A mí de vos,
que sois lo más...

RANA. Y lo ménos

D.ª ROD. ¡Farsante!

RANA. (*Levantándose.*) De farsas vivo,
que es un vivir muy honesto.
El corral de la Pacheca
es de mis gracias el templo.
Farsante soy: ¿quién lo ignora
que á Miguel mi fama debo?
Él escribió para mí
entremeses: su talento
tiene en Juan Rana, aunque indigno
intérprete... Le venero
y á su lado habré de estar
hasta recoger su aliento
último.

D.ª ROD. *¡Laus tibi, Christi!*
¿Tan enfermo está el enfermo?

RANA. Mucho.

D.ª ROD. ¿Y el doctor...?

RANA. Doctores
curan dolencias del cuerpo:
las del alma...

D.ª ROD. Esas las cura
el sacerdote..

RANA. Otro médico
hay mejor.

D.ª ROD. ¿Mejor?

RANA. La muerte,
doña Rodriguez.

D.ª ROD. ¡La temo!

RANA. No sé por qué, si andais siempre
con libros devotos, rezos,
silicios...

D.ª Rod. ¿Vuelve el farsante...?
Rana. Como que farsa tenemos
esta noche.
D.ª Rod. ¿Farsa dijo?
Rana. Y en este mismo aposento.
D.ª Rod. Hablad, seor Rana.
Rana. Con gusto
lo haré. Santigüaos primero...
y escuchadme...
D.ª Rod. Ya os escucho.
Rana. Curiosilla!...
D.ª Rod. Marrullero!...
Rana. Para distraer las penas
y dolencias del enfermo,
prepárole una sorpresa
que ha de conseguir mi objeto:
los comediantes que viven
arriba...
D.ª Rod. Sí, sí; comprendo:
esa taifa de perdidos...
Rana. ¡Doña Rodriguez...!
D.ª Rod. Silencio!
No hablo por vos. Continuad.
Rana. Dejadme seguir. Yo quiero
que esta noche hagan un paso
famoso como discreto.
El Vizcaino fingido,
entremés de los soberbios,
hijo del manco... Sabeis
que el mal que aflige su cuerpo
abandonar le permite
algunas horas el lecho,
y entregarse á la lectura

y á los escritos. Ya tengo
con los vecinos fraguado
todo el plan: á este aposento,
en punto las oraciones,
que ya del corral han vuelto,
bajarán aderezados
con los trajes y embelecos
que el entremés pide. Yo
cuido de todo; el enfermo,
que pasa la tarde toda,
ya pensando, ya escribiendo,
en este sillon metido,
potro mas bien del tormento,
distraerá con la farándula
sus sombríos pensamientos.

D.ª Rod ¡En vez de llorar sus culpas,
se entregará á pasatiempos
profanos! ¡Y entre farsantes!

Rana. ¡Doña Rodriguez!

D.ª Rod No quiero
escucharos más!

Rana. ¿Os vais?

D.ª Rod. Voy al vecino convento
á dar á doña Isabel
nuevas de su padre.

Rana. Creo
que esta tarde es ya la última.
Id á darle ese consuelo,
que yo, en tanto que volveis,
cuidaré del que está ahí dentro.

(Váse por la puerta izquierda, y doña Rodriguez toma el manto que estará sobre un sillon y se lo pone mientras habla.)

ESCENA II.

DOÑA RODRIGUEZ.

Autor de farsas profanas,
costal de pecados lleno,
si seguís en esa vida
ireis derecho al infierno,
Divertir al moribundo
en vez de... Mas pasa el tiempo
y doña Isabel me aguarda...
Ni un instante me detengo.
(Vá á salir por el foro y encuentra á Quevedo y Avendaño.)

ESCENA III.

DICHA: QUEVEDO y AVENDAÑO.

QUEV. *¡Deo gratias!*
Dª. ROD. (Quevedo... ¡el diablo!)
QUEV. Mil gracias por la merced;
mas nó la tiento!

D.ª Rod. Usirias
sean bien venidos.
Avend. ¿Miguel..?
D.ª Rod. ¡Ay, seor doctor de mi ánima!
¡Á qué tiempo viene uced!
Avend. ¿Su dolencia...?
D.ª Rod. Está muy grave.
Quev. Y diga su doncellez:
¿qué tal la jaqueca?
D.ª Rod. ¡Cómo!
Quev. ¿Y el asma?
D.ª Rod. ¡Calle el doncel!
Quev. Avendaño, es la Rodriguez;
conoció á Matusalem.
«La que tuvo juanetines
y don Juanes á sus piés,
hoy con los juanetes sólo
en malos pasos la ven:
la que un tiempo á ámcar olía,
hoy huele, pese á Luzbel,
á purgatorio y responso
y á pastillas de vejez.» (*)
D.ª Rod. ¡Deslenguado!
Avend. Diga, hermana...
D.ª Rod. No me puedo detener!
Avend. ¿Se agravó...?
D.ª Rod. Beso á usirias...
Quev. No bese nada.
D.ª Rod. Los piés. *(Vúse precipitadamente por la puerta del foro.*

(*) Versos de Quevedo.

ESCENA IV.

QUEVEDO y AVENDAÑO.

QUEV. La doña Rodriguez corre
como una dueña con alas.

AVEND. Gastais buen humor, Quevedo.

QUEV. ¡Buen humor! ¡Cuánto se engañan
los que tal piensan! Me creen
padre de burlas y gracias...
Doctor, no ven que mis risas
son lágrimas disfrazadas.

AVEND. Sois jóven...

QUEV. Si; jóven soy;
pero ¿es vieja la desgracia?
Jóven soy; mirad en torno.
¡La realidad es tan clara!
Si no hay propias pesadumbres,
nunca las agenas faltan!
Á no ser por el buen cura
que le alberga en esta casa,
tal vez, como un pordiosero,
muriérase en una plaza.

AVEND. Duélome de su fortuna,
que es, por cierto, bien menguada.
¿Fué soldado?

QUEV. Y en Lepanto
mancó; presa de piratas,

cautivo lloró en Argel,
y vuelto á la madre Pátria...
AVEND. ¿Premiáronle?
QUEV. Con olvidos
é ingratitudes amargas.
AVEND. Dicen que en Argamasilla
purgó...
QUEV. Si; purgó las faltas
de otros.
AVEND. ¿Y no tiene amigos?
QUEV. ¡Amigos en la desgracia!
Me haceis reir.
AVEND. El de Lémos
diz que le proteje...
QUEV. Falta
que sea verdad lo que dicen;
y si es verdad, es muy rara
proteccion, la proteccion
que no ha protejido nada.
Vive olvidado del mundo,
tenido en poco en España,
calumniado por la envidia...
AVEND. ¡La envidia!
QUEV. Si; ¿qué os extraña?
El mismo Lope de Vega,
que logra tan alta fama,
que *fenix de los ingenios*
chicos y grandes aclaman,
que goza de la opulencia
y la lisonja, se ensaña
con el manco!
AVEND. ¡El mismo Lope!
QUEV. ¡Lope! ¡Flaquezas humanas!

La envidia, doctor, la envidia...
¡Reid conmigo á carcajadas!

AVEND. ¡Callad, Quevedo!

QUEV. Los sordos
me han de oir. Salgan á plaza
burlas, donaires, motetes,
agudezas, epígramas,
risas... ¡já! ¡já!... Reid conmigo...

AVEND. Mas ved...

QUEV. ¡Ved, si, que son lágramas!

AVEND. (¡Alma generosa y noble!)

QUEV. ¡Ved mi risa en lo que para!
¡Miguel, querido maestro,
la felicidad te aguarda!
Vos le conoceis há poco...

AVEND. Poco más de una semana.
Así trabé yo con él
amistad abierta y franca,
no para toda la vida
porque la suya se acaba.
No ha muchos dias, viniendo
de la docta Salamanca,
á lomos de una jumenta
rabicorta y pasilarga,
díme con tres caminantes,
que, en ligera cabalgata,
ora ablando, ora riendo,
á Madrid se encaminaban.
Delante de mí venian,
y yo, buscando compaña:
¡eh!—grité— vuesas mercedes
no corran con tantas ánsias.
Esperándome, y el uno

me dijo: de prisa tanta
tiene la culpa el rocin
que lleva á Cervantes; anda
como el viento. Yo, escuchando
su nombre, gloria de España,
saltando de mi borrica
casi me postré á sus plantas,
y abrazando al pobre manco,
díjele mil alabanzas.
Juntos el camino hicimos;
supe su dolenaia amarga
y deshauciéle, diciéndole:
aunque os bebais toda el agua
del mar, vuestra hidropesia,
señor Cervantes, no sana.
Supe que venia de Esquivias,
donde su familia estaba;
de venir á visitarle
díle mi formal palabra,
y tomamos, al llegar
al final de la jornada,
él la puente de Toledo,
yo la puente Segoviana.

ESCENA V.

DICHOS y RANA.

RANA. ¡Se muere, doctor, se muere!
QUEV. Que Dios guarde... vuestra gracia.
AVEND. Decís que el enfermo...
RANA. Entrad,
que ya impaciente os aguarda.
(*Entra Avendaño por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

QUEVEDO y RANA.

QUEV. ¿No habrá esperanza?
RANA. Quisiera
alentarla. Poco entiendo
de curar; pero estoy viendo
que acaba yá su carrera.
¡Dios hace bien en llevarle!
QUEV. Decís bien.

RANA. Digo bien, sí.
¿Qué resta á Miguel aquí?
¿Qué puede este mundo darle?
Teniendo la vida en poco,
con ánsia la muerte espera.
Loco alguno le creyera...

QUEV. Loco, sí. ¡Sublime loco!

RANA. No es este mundo bastante
para su anhelo profundo,
porque es pequeño este mundo
para un hombre tan gigante!

QUEV. Mucho amais al viejo.

RANA. ¡Todo
lo diera por él!

QUEV. Me place.

RANA. Aunque Rana farsas hace,
suele hacerlas de otro modo.

QUEV. ¡Bien por Rana, que no es rana!

RANA. Crée el mundo, loco ó menguado,
que el farsante es un malvado
baldon de la raza humana;
hombre sin Dios y sin ley,
en la crápula nacido,
que á divertir ha venido
desde el plebeyo hasta el rey.
¡Y cómo nos ven fingir
por la tarde y la mañana,
creen que en la comedia humana
fingimos hasta el sentir!
Ya lo veis: quiero á Miguel;
constante velo á su lado...
¡Dirán que he representado
junto al manco mi papel!

QUEV. ¡Por Dios, que me maravilla
oiros hablar! Yo creí...
RANA. ¡Vos tambien, Quevedo!
QUEV. Sí;
yo tambien finjo en la villa.
A mí tambien con el dedo
me señalan, al pasar,
y oigo á todos murmurar:
ahí vá Quevedo, Quevedo!
Hablo, sin decirles nada,
y apenas abro la boca,
una turba ciega y loca
me lanza una carcajada.
Acosado del dolor,
escribo lo que no siento,
y dice alguno al momento:
¡qué chispa! ¡qué buen humor!
Y al cabo, ¡por San Pascual!
de mí me burlo tambien:
que ellos me entienden muy bien
cuando les hablo muy mal.
Alguna vez, ya no puedo
detener mi corazon,
y al hablarles en razon,
dicen: ¡cosas de Quevedo!
Si va á decir la verdad,
de nadie, á fé, me da nada,
que el ánima apicarada
me ha dado esta libertad. (*)
RANA. Reir de la agena locura

(*) Los versos en bastardilla son de Quevedo.

es vuestra suerte, y la mia
ser gracioso noche y dia...
yo envidio vuestra ventura!

QUEV. Mi ventura no me alegra,
y es de todas tan distinta,
que puede servir de tinta,
segun ha sido de negra.
Cumplida siempre miré
cosa en mi daño pensada;
si digo *ce* á una tapada,
me responde con el *de.*
No hay fea que no me requiera,
ni perro que no me ladre...
Parióme adrede mi madre...
¡ojalá no me pariera!

RANA. De risa me haceis morir,
aunque, ayéndoos, me confundo.

QUEV. Mirando cómo está el mundo
¿no nos hemos de reir?
La ignorancia vá creciendo
en vanidad y en grandeza!
¡Mirad en cuánta pobreza
está Cervantes muriendo!

RANA. Mas la pátria, con afan,
conservará su memoria.

QUEV. Sí; muerto, le dará gloria,
y vivo, no le dá pan!

RANA. La pátria, ingrata hoy con él,
seguirá luego su huella...

QUEV. Antes por honrarse ella,
que por honrar á Miguel!

RANA. ¡Severo estais!

QUEV. Que soy, juro,

como el humo, no hay dudar,
que tizno, que hago llorar
y de la luz salgo oscuro.

RANA. ¿Con irónica alegría
vais las verdades sembrando?

QUEV. ¡Si las dijera llorando
nadie las escucharia!
Las cuerdas de mi instrumento
ya son, en mis soledades,
locas en decir verdades
con voces de mi tormento.
Á pícaros y á muchachos
siempre con mi lengua herí:
muchos dicen mal de mí
y yo digo mal de muchos.
Con amenazas, con quejas,
ya cobardes, ya atrevidos,
me lastiman los oidos,
por no decir las orejas.
Y yo, quizás importuno,
digo mal de mucha gente:
mi decir es más valiente,
por ser muchos y ser uno.

RANA. Teneis chistes superiores
y un bravo humor...

QUEV. Sí; muy bravo.
¡Como que me encuentro esclavo,
murmuro de mis señores!
Miguel dichoso, que, en calma
gozará de mejor suerte:
¡lo que es para el cuerpo muerte,
es libertad para el alma!

RANA. Médicos su ciencia apuren

á ver si el enfermo sana.
QUEV. ¿Esperais, amigo Rana,
que los doctores le curen?
Para matar tienen bulas;
sus curas son desdichadas
y pues siempre andan erradas
deben de curar sus mulas.
RANA. Sé que es incurable el mal
que así le postra y combate.
QUEV. Aunque él muera, no hay quien mate
á su *Quijote* inmortal.
Algo siento á mis espaldas...

ESCENA VII.

DICHOS y DOÑA RODRIGUEZ, *por el foro.—Trae un escapulario y un ramo de flores.*

RANA. Es...
D.ª ROD. (Me dispara un venablo)
QUEV. ¡Ah! Son las faldas del diablo.
D.ª ROD. ¿Qué?
QUEV. No; es el diablo con faldas.
D.ª ROD. Él pincha como una aguja.
¡Que Luzbel cargue con él!
QUEV. Encomiéndese á Luzbel,
que es patron de toda bruja.
Dª. ROD. De serlo dais testimonio,

cuando, al volver del convento,
me tentais...

QUEV. ¿Cómo que os tiento?
¡Dueña, que os tiente el demonio!

ESCENA VIII.

DICHOS y AVENDAÑO.

AVEND. ¡Silencio!
RANA. Diga el doctor...
D.ª ROD. ¿El enfermo ..?
QUEV. Le hallais...
AVEND. Grave;
quizás esta noche acabe
con su vida y su dolor.
(*Señales de dolor en todos.*)
QUEV. Quisiera verle.
AVEND. No entreis...
QUEV. Mas...
AVEND. Desistid de ese empeño:
duerme; respetad su sueño
y más tarde volvereis.
QUEV. Os obedezco.
AVEND. Conmigo
os venís.
D.ª ROD. ¿Os le llevais?
Pláceme.
QUEV. ¿Qué murmurais,
doña Rodriguez?

D.ª Rod. Yo digo...
Quev. Aunque adereceis los talles,
sois las viejas malhadadas
pantas mas acecinada,
siglos, que andais por las calles.
A roeros, si digo ¡tús!
vendrán mil perros traviesos,
que sois un monton de huesos.
D.ª Rod. ¡Jesús, Jesús y Jesús!
Rana. Dejadla.
Quev. Vendré más tarde.
Adios, Rana.
Rana. Adios.
Avend. Venid...
Quev. Voy. Doña Rodriguez... (*Saludando.*)
D.ª Rod. ¡Id
al infierno!
Quev. Que él os guarde.
(*Vanse Quevedo y Avendaño por el foro.*)

ESCENA IX.

Rana y doña Rodriguez.

Rana. Tened paciencia.
D.ª Rod. Por Dios,
que ya tenerla no puedo;
si no sois vos, es Quevedo;
si no es Quevedo, sois vos.

RANA. Callad, dueña, vuestra cuita,
no se despierte Miguel,
que duerme.—¿Y doña Isabel?

D.ª ROD. Doña Isabel... ¡pobrecita!
Mirad, este escapulario
para su padre me dió,
y estas flores, que cojió
en el huerto solitario.
¡Tiene muy grade virtud
este escapulario!

RANA. Sí.
Poned las flores aquí, (*Sobre la mesa.*)
que huelen á juventud.

D.ª ROD. Y el escapulario, Rana,
que es reliquia portentosa
y dió salud milagrosa
á una monja muy anciana.
(*Pone sobre la mesa el escapulario y las flores.*)

RANA. ¡Silencio!... Me ha parecido
que el enfermo ha despertado.

D.ª ROD. Lo fingió vuestro cuidado;
ni siquiera se ha movido.
¡Si viérais cómo quedó
doña Isabel!

RANA. ¡Desdichada!

D.ª ROD. En llanto quedó anegada.

RANA. ¿Lloraba mucho?

D.ª ROD. ¡Pues nó!

RANA. Su desventura es completa;
pierde á su padre querido
y antes sabeis que ha perdido
á don Gaspar de Ezpeleta.

En Valladolid, celoso
matóle un hidalgo fiero:
muerto su amante primero
tomó ella á Dios por esposo.
De las vanidades locas
del mundo se apartó ya ..

D.ª Rod. ¡Si viérais que hermosa está
con el hábito y las tocas!

Rana. Lo sé!

D.ª Rod. ¡En un amor sin fin
se abrasa!

Rana. ¡Si no lo ignoro!
Vá desde la celda al coro,
y desde el coro al jardin.
Los muros del cláustro, redes
no son que acortan su vida:
ella es paloma que anida
en solitarias paredes.
Pero ¡ah!... me está pareciendo
que algun rumor he sentido... (*Escucha.*)

D.ª Rod. Os ha engañado el oido,
seor Rana... Sigue durmiendo.

Rana. ¡Durmiendo! Su ánimo fuerte
no se rinde ni se altera:
él sólo dormir pudiera
abrazado con la muerte.

D.ª Rod. Mejor en sus aflicciones
estuviera, cual cristiano,
con el rosario en la mano
y recitando oraciones.
Mas nó; si alivio recibe,
al punto que el dolor cesa,
viene á sentarse á esta mesa

y escribe... ¡no sé qué escribe!
Creo que con tal barahunda
no conserva el juicio entero...

RANA. Escribe el libro postrero:
Pérsiles y *Segismunda.*
Tiénelo casi acabado...

D.ª ROD. Si escribe con tanto afan...

CERV. ¡Juan! (*Dentro.*)

RANA. ¿Llamó?

D.ª ROD. Creo que sí.

CERV. (*Dentro.*) ¡Juan!

D.ª ROD. Sí llama.

RANA. Corro á su lado. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA X.

DOÑA RODRIGUEZ. (*En este momento suben los farsantes por la escalera, con grande algazara, desapareciendo enseguida:* DOÑA RODRIGUEZ *acude al foro.*)

¡Hola! ¿Quién dá tales voces...?
¡Ah! los cómicos taimados
que ya vuelven del corral
de la Pacheca... ¡temprano!
Luego vendrán á esta sala
á representar el paso...
¡Si lo sabe el Santo oficio!
Vamos, no quiero pensarlo.

ESCENA XI.

DICHA: CERVANTES *y* RANA, (*El primero viene apoyado en el segundo, débil, demacrado y sosteniéndose con dificultad: por la izquierda.*)

RANA. No temais... Apoyaos firme
D.ª ROD. ¡Qué imprudencia!
CERV. Más despacio...
RANA. Venid vos, doña Rodriguez,
y ayudadme...
D.ª ROD. Ya lo hago.
(*Corre al lado de Cervantes, y sosteniéndole entre los dos con mucho cuidado y poco á poco lo llevan al sillon.*)
RANA. Si estais tan enfermo y débil,
¿á qué el lecho habeis dejado?
CERV. Me ahogo ahí dentro; no respiro;
quiero ver la luz ..
RANA. Sentáos.
CERV. ¡Ah!... (*Siéntase.*)
D.ª ROD. ¿Cómo os sentis?
CERV. Me siento
ir poco á poco acabando;
mientras más enfermo el cuerpo,
el espíritu más sano.
D.ª ROD. Volved al lecho.
CERV. ¡Imposible!
Como antiguo veterano
quiero recibir de frente
de la muerte el golpe airado.

Lo mismo que recibí
mis heridas en Lepanto.
Es verdad que no era entónces
tan poderoso el contrario,
ni yo tan débil, que entónces,
entónces, no estaba manco. (*Pausa.*)
Acercadme esos papeles,
Rana.

RANA. ¿Volveis al trabajo?

D.ª ROD. ¡No ha de volver! El cerébro
así se le vá secando...

RANA. Áspera sois cual erizo.

D.ª ROD. ¡Seor Rana!

RANA. ¡Calle!

CERV. Dejadnos.

(*Váse doña Rodriguez por la derecha.*)

ESCENA XII.

CERVANTES *y* RANA: *sentados.*

RANA. Poco, Miguel, cuidais de la existencia;
no trabajeis.

CERV. ¡Mi vida es tan amarga!
Cargado voy con mi mortal dolencia;
quiero arrojar la carga:
pésame tanto, Juan, que, con asombros,
vé el ánima afligida
que aun la sostienen mis pesados hombros.
Siento que, al despedirme de la vida,
mi destino cruel tórnase manso;

por eso anhelo la final partida
donde empiecen mi dicha y mi descanso
Quevedo y vos, los únicos testigos
sois de la soledad, de la estrecheza,
de los males fecundos
con que ha probado Dios mi fortaleza.
Derrotado bajel, voy hácia el puerto,
vogando solitario;
he recorrido el áspero calvario,
me han clavado en la cruz, pero no he muerto.

RANA. Soldado de Lepanto y las Terceras,
prisionero de Argel, dejad ahora
las voces lastimeras:
vos, autor del andante don Quijote,
del rústico escudero Sancho Panza,
no perdais la esperanza;
alegre risa en vuestros lábios brote.
Pronto el conde de Lémos, generoso,
y los dos Argensolas, que os estiman,
á España volverán, y remediadas
luego vereis las penas que os lastiman.

CERV. *Mucho esperé, si mucho prometieron,*
de los dos Argensolas, pero en vano,
que ingratos para mí, cual todos, fueron,
y nada espero ya por tal camino;
que no sé quén me dice ó quién me exhorta,
que tienen para mí, á lo que imagino,
la voluntad, como la vista, corta. (*)
¡Oh, muerte deseada!
¡Acaba de llegar, fiera enemiga!

(*) Los versos en bastardilla son de Cervantes.

RANA. Miguel, ¿qué teneis?

CERV. Nada;
que por momentos crece esta fatiga;
que el alma aprisionada
salir del cautiverio ya resuelve
y contra sus prisiones se revuelve.

RANA. ¿Quereis algo Miguel?

CERV. Si, Juan; que al punto
demos comienzo al último trabajo;
pronto seré difunto
y con mis propias obras me amortajo.

RANA. (*Tomando un papel.*)
Ved: la dedicatoria
del *Pérsiles*; ayer empezada.

CERV. Leed lo escrito para hacer memoria.

RANA. (*Lee marcando distintos sentimientos y entonaciones.*)

«A don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lé»mos etc.—Aquellas coplas antiguas, que fueron en su »tiempo celebradas, que comienzan: puesto ya el pié en el »estribo, quisiera yo que no vinieran tan á pelo en esta mi »epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo »comenzar diciendo:

»Puesto ya el pié en el estribo,
»con las ánsias de la muerte,
»gran señor, esta te escribo.

»Ayer me dieron la Extrema-uncion y hoy escribo es»ta; el tiempo es breve, las ánsias crecen, las esperanzas »menguan...

CERV. Ya recuerdo eso, Juan: más adelante:
con el último párrafo es bastante.

RANA. (*Leyendo.*)

»Todavía me quedan en el alma algunas reliquias

»y asomos de las semanas del jardin y del famoso Ber-»nardo...»

CERV. ¿No hay más?

RANA. No hay más, Miguel.

CERV. Seguid poniendo
lo que os iré diciendo:
(*Dictando.*)

«Si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria »ventura, sino milagro, me diese el cielo la vida, las verá, »y con ellas fin de *La Galatea*, de quien sé está aficionado »Vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi »deseo. Dios guarde á Vuestra Excelencia como puede.»

La fecha: de Madrid á... ¡de la muerte
dijera yo mejor!

RANA. Ya está: confirma
vuestro amor al de Lémos.

CERV. Sí.

RANA. Firmadla:
tomad la pluma. (*Preséntasela.*)

CERV. (*Firmando y arrojondo la pluma.*)
Juan, ¡la última firma!

RANA. Miguel, Miguel. ¿Qué es esto?
No desmayeis: el pecho generoso
no se rinde tan presto
al peso abrumador de sus desgracias:
Rana está á vuestro lado; es el gracioso
de la Pacheca, y os dirá mil gracias
que os aviven el seso.
¿Habrá usado con vos de maleficio
esa tristeza que os mantiene preso?
¡Pues yo os haré reir, que este es mi oficio!
(¡Tengo unas ganas de llorar!...)

CERV. Cobarde

vá ocultándose el sol: ya vence al dia
el crepúsculo triste de la tarde:
la noche se apresura;
su prisa no me asombra;
la negra oscuridad de la natura
dice bien con la sombra
eterna de la ansiada sepultura.

RANA. Dilatadas edades
os reserva el destino...
(No bajan esos pícaros
para representar El Vizcaino;
tárdanse mucho ya.)

CERV. ¿Qué es lo que veo?
Allí un escapulario; aquí estas flores...
Son de Isabel...

RANA. Sí...

CERV. Dádmelas; que pueda
respirar sus olores. (*Dáselas Rana.*)
¡Ah! no estas flores, cual las otras, suelen
dar sus perfumes á los aires vanos:
como las cojen de Isabel las manos,
no á flores, Juan, sino á virtudes huelen.

RANA. No os altereis así.

CERV. ¡Pobre hija mia!
¡Flor nacida entre abrojos!
La he visto en el convento el otro dia,
y al mirarme en sus ojos,
como la quiero tanto, revivia.
(*Queda desfallecido.*)

RANA. Me poneis en cuidado.
¿Qué sentís? ¿qué teneis?

CERV. ¿Qué tengo? el hambre
que á comerme del todo ya ha llegado;

es mi fiel compañera; no se aleja
un punto de mi lado...
¡Ni en el momento de morir me deja!
(*Desfallece de nuevo.*

RANA. Miguel!... (Con chistes borda
sus postreros instantes!) (*Es de noche.*)
¿No me escuchais, Miguel?

CERV. La muerte es sorda
y no puede escuchar... (*Se desmaya.*)

RANA. ¡Miguel...! ¡Cervantes!
(*Corre al foro, donde dice vecinos, y luego á la puerta derecha.*)
¡Se vá á morir! ¡Vecinos!
¡Doña Rodriguez! ¡Luz!

CERV. (*Volviendo en sí.*) ¡Luz... luz...! La eterna
sólo verán mis ojos... los caminos
muéstrame de las célicas alturas...

RANA. ¡Vecinos! ¡La Rodriguez! ¡Luz! ¡No vienen!
¡Sol de la inteligencia, y muere á oscuras!
¡Miguel!

CERV. Si yo os escucho: no alborote
vuestra voz á ninguno: dadme luego
un libro de mi hidalgo Don Quijote;
dadme ese escapulario...

RANA. (*Dándoselos.*) Tomad.

CERV. (*Abrazándolos contra su pecho.*) Palma
guardada á los martirios de la vida,
¿no os tengo yo, con sobras, merecidas?
La mano, Juan... reciba Dios mi alma!
(*Muere.*)

ESCENA XIII.

DICHOS: DOÑA RODRIGUEZ, *con luz, por la derecha: farsantes, por el foro, con los menesteres para representar el entremés.*

D.ª ROD. ¡Luz, luz! Aquí la teneis.
RANA. Mirad...
D.ª ROD. ¡Ay, cielo divino!
FARS. ¿Hacemos ya *El vizcaino?*
RANA. (*Señalando el cadáver de Miguel.*)
Nó! Rezar es lo que hareis! (*Cuadro mudo.*)
Mirad! Su espíritu noble
voló al cielo!
(*En este momento suenan las oraciones pero lejanas, de modo que no interrumpan el diálogo.*)
D.ª ROD. La oracion
tocan...
RANA. Sírvele ese son
de triste y prestado doble!
Ya de sus males prolijos
libre se encuentra Miguel:
recemos todos por él;
¡todos de rodillas, hijos!
(*Arrodíllanse todos, formando cuadro alrsdedor del cadáver, figurando que rezan. Páusa.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS: QUEVEDO, *que se detiene un momento en la puerta y con lentitud baja al lado de Rana.*

QUEV. ¡Muerto!
RANA. Sí!
QUEV. ¡Pobre Cervantes!
¡Tan pobre y tan desdichado!
Aquí murióse olvidado
entre míseros farsantes.
Ya, sin rencor ni malicia,
se alabarán tus aciertos,
que, de los vivos, los muertos
son los que alcanzan justicia!
Si España, en su error profundo,
te dió del hambre el azote,
mañana será el *Quijote*
gloria de España y del mundo.

NOTA.—En la noche del 23 de Abril de 1874, por haberse reformado la compañia que actuaba en el teatro de Cervantes, desempeñaroe los papeles de Quevedo y Rana los Sres. Galvan y Mela.

